

sin consultar con Schwarzenberg ni con Blucher, desde que en 1.º de febrero había sido Napoleón completamente derrotado. Con él estaba en Troyes su mentor Laharpe, que acababa de llegar de una expedición a París y cuya presencia cerca del emperador despertaba siempre recelos en el ánimo de los monarcas y de los ministros. Con él también deseaba juntarse el príncipe heredero de Suecia, que habiendo llegado al Rin se proponía reunirse con su vanguardia, es decir, con el cuerpo de Winzingerode, al cual se esperaba en Reims. Sabíase que este príncipe estaba muy indignado porque se le había excluido del congreso de paz, y se temía que su intervención acabara de embrollar el asunto. En la conferencia que celebraron los ministros en la mañana del día 13 de febrero no se tomó acuerdo alguno porque el conde Nesselrode se negó a aprobar la proposición de Austria, Inglaterra y Prusia de examinar las proposiciones de armisticio según los ofrecimientos hechos por Caulaincourt en 9 de febrero. Sobre este punto hubo reñidas discusiones. En las proposiciones que hacía el emperador Alejandro respecto de París, veía Metternich el anuncio de una «dictadura» de Rusia a la que nunca se sometería el Austria, y si es cierto, como muchos han dicho, que amenazó con separarse de la alianza, con retirar el ejército austriaco y con firmar particularmente la paz, solo en aquella sesión del día 13 pudo haber pronunciado esta amenaza. Lo que cabe asegurar es que la cuestión capital era si debía consentirse o no que el emperador Alejandro, apoderándose de la ciudad de París, decidiera por sí y ante sí las cuestiones de la paz y de la dinastía, y que en contra de este propósito del emperador se declararon unánimemente Inglaterra, Austria y Prusia. El conde Munster, que se encontraba también en el cuartel general, calificaba muy exactamente el fondo de aquella discordia cuando escribía en 14 de febrero: «El emperador Alejandro pide que las cortes aliadas dejen a su cuidado la tarea de entenderse con la capital y anuncia que su proyecto es reunir en asamblea a las autoridades allí existentes y a los habitantes más respetables para que procedan a la elección de un soberano que luego sería apoyado por Rusia. ¿Cómo podían los aliados someterse a las decisiones de las hechuras de Napoleón ni aprobar, después de todo lo que ha sucedido, cualquiera nueva medida revolucionaria dejando a un lado al sucesor legítimo (1)?»

En la tarde del 13, el emperador había sido preparado verbalmente por Castlereagh (2) y por escrito por Hardenberg (3), pero hasta el 14 no ocurrió la evolución que al siguiente día fue conocida oficialmente. El día 14 escribió Metternich a Schwarzenberg: «Acabo de ver al emperador Alejandro y casi tengo la seguridad de que podremos arreglar las cuestiones pendientes, es decir, de que el emperador se someterá a nuestra decisión respecto de la conducta que deba seguirse. Inclínase más a una paz preliminar que a un armisticio y todo el mundo es de la misma opinión. Todo ha de resolverse en un par de horas y de ello os entero para que adoptéis las medidas oportunas, es decir, para que no deis ocasión a nada importante ni descuidéis nada útil. En cuanto veamos claro en el asunto, os enviaré un nuevo correo. Esto se decidirá en un par de horas y seguramente en el día de hoy. El emperador Alejandro me ha hecho repetidas preguntas para enterarse de si tenéis orden del emperador, nuestro señor, de no librar ninguna batalla. Le he dicho que delante de mí S. M. os había ordenado emprender la marcha, poneros al frente del ejército y no descuidar nada que pudiera colocaros en buena situación mili-

tar, sin tener en cuenta la cuestión política. Le he dicho también que mañana os enviaré orden de retiraros si lo considera conveniente, pero que vos, hasta recibir esta orden, habéis de seguir avanzando sin reserva alguna (4).» Estaba muy puesto en razón que el emperador Alejandro dudara de esta contestación que el príncipe Schwarzenberg tenía el encargo de no librar batalla alguna en pro de la «dictadura» de los rusos y aun de retirarse si lo creía necesario para evitarla, y esta deducción debió de ser la causa de su evolución repentina. — Inmediatamente se trazaron dos proyectos: el primero, que ya conocemos, se refería a la manera de proceder en la toma de la ciudad de París, y a lo que parece lo había ya examinado el emperador Alejandro en Troyes; el segundo era relativo a una paz preliminar que había de firmarse con Caulaincourt en Chatillon. Este último no lo había visto el emperador en Troyes, pues en la tarde del 14 se había dirigido a Nogent-sur-Seine, al cuartel general del príncipe Schwarzenberg, a donde le había seguido el rey de Prusia y donde los monarcas recibieron, aquella misma noche, al príncipe Pablo Esterhazy y al general Scholer, que les habían sido enviados para obtener su aprobación a las instrucciones que debían remitirse a Chatillon. Aprovechando aquella ocasión escribió Metternich por segunda vez a Schwarzenberg: «Dad entero crédito a lo que os dirá Pablo Esterhazy, pues está enterado de todo lo ocurrido. El emperador desea que trabajéis energicamente para conseguir lo más pronto posible la aprobación del de Rusia. Enviadnos inmediatamente a Pablo, pues nuestros correos salen para Chatillon (5).» Entretanto, Alejandro había tenido conocimiento de los reveses sufridos desde el 10 de febrero por el ejército silesio que ponían bruscamente término a sus sueños de un paseo militar hasta París; así es que el día 15 reexpidió a Troyes el *tratado preliminar* con su aprobación, escribiendo, al propio tiempo, al conde Nesselrode en el sentido de que indicara al conde Rasumovsky que en Chatillon procediera como sus colegas, pues había llegado el momento de firmar el tratado de paz preliminar. En la referida carta añadía confidencialmente: «El mariscal Blucher ha vuelto a manobrar mal, de manera que las cosas han tomado un aspecto más grave y justifican, por tanto, las órdenes que acabo de transmitirlos. Nuestro gran ejército, sin embargo, continúa siguiendo los pasos del enemigo, de modo que si se procede con inteligencia y energía, las cosas pueden tomar un sesgo en extremo favorable (6).» En la noche del 15, Metternich envió al conde Stadion con el tratado preliminar las debidas instrucciones para que entablara seriamente las negociaciones partiendo de la base de la carta del duque de Vicenza de 9 de febrero; pero apenas reanudó el congreso de paz de Chatillon sus sesiones, el día 17, vióse (7) que los golpes que Napoleón había descargado en el Marne contra Blucher y que se apercibía a completar con otros iguales contra el gran ejército en el Aube y en el Sena, habían desquiciado enteramente la obra de paz. Ya conocemos los acontecimientos ocurridos en el teatro de la guerra desde el 10 de febrero al 10 de marzo (8); y habiendo venido a malograr el proyecto de paz preliminar de Troyes, sería superfluo entrar en detalles acerca del contenido de éste, si de él no dependiera el juicio que hemos de formar respecto del espíritu de la política que lo inspiró.

El artículo II de este proyecto de paz preliminar comenzaba con las siguientes palabras: «S. M. el emperador de los fran-

(4) Metternich: *Participación del Austria*, etc., págs. 809-810.

(5) Metternich: *Participación del Austria*, etc., pág. 810.

(6) *C*, págs. 39-40.

(7) *C*, págs. 42-43.

(8) Véase anteriormente.

ceses renuncia para sí y para sus descendientes al conjunto de ampliaciones, conquistas y anexiones de territorios que Francia ha realizado desde los comienzos de la guerra de 1792. Esto significaba la vuelta de Francia a sus antiguas fronteras tal como se había exigido en 7 de febrero, es decir, la renuncia a las conquistas no solo del emperador sino también de la República, no solo al Rin sino al Escalda. Y se añadía: «S. M. renuncia igualmente a toda influencia constitucional, directa o indirecta, fuera de las antiguas fronteras de Francia, tales como eran antes de la guerra de 1792, y a los títulos que de ella se derivaban, especialmente a los de rey de Italia, rey de Roma, protector de la Confederación del Rin y mediador de la Confederación suiza (1).» Este precepto borraba por completo todo el extracto que significaba el imperio, extinguiendo de él hasta el recuerdo. Napoleón firmando semejante artículo dejaba de ser Napoleón, y el nombre de «emperador» que no se le negaba convertíase en sarcasmo é injuria, no pudiendo él que lo llevara presentarse ya a la vista de las personas decentes. Ya conocemos las frases con que lleno de indignación rechazó el programa de Chatillon en un momento en que su situación era por él mismo considerada como desesperada y en que se disponía a hacer una última tentativa para ganarlo o perderlo todo: conocemos también las palabras con que descubrió al emperador Francisco las segundas intenciones que envolvía su simulacro de negociación, y hemos encontrado naturales así estas segundas intenciones como aquella indignación. La renuncia que de él se exigía deshonraba, estigmatizaba al emperador y le colocaba en una situación intolerable a la cual necesariamente había de poner término bien suicidándose, bien abdicando y condenándose a un destierro voluntario.

A la paz preliminar, que constituía una deshonra para el emperador, debía seguir la paz principal, y en el tiempo que de una a otra mediara tenía que dar el emperador seguridades que a la deshonra venían a unir la impotencia. De ello trataba el artículo 6.º del proyecto, que decía: «S. M. el emperador de los franceses, inmediatamente después de aprobado este tratado preliminar, hará entrega de las fortalezas y plazas enclavadas en los territorios cedidos, sin excepción alguna y muy especialmente de Maguncia, dentro de seis días, de Luxemburgo, Amberes, Bergen-op-Zoom, dentro de diez, Mantua, Palma-Nuova, Venecia y Peschiera, las plazas del Oder y del Elba, dentro de quince, y todas las demás plazas y fuertes dentro del plazo máximo de quince días. Estos fuertes y plazas serán entregados en el mismo estado en que ahora se encuentran, con todos los cañones, municiones, víveres, archivos, etc. Las guarniciones francesas de estas plazas saldrán de ellas con armas y bagajes y con las cosas

(1) Completando este pensamiento, decían los artículos III y IV: «III. Las altas partes contratantes reconocen formal y solemnemente el principio de la soberanía, libertad é independencia de todos los Estados de Europa tales como han de quedar constituidos al firmarse la paz definitiva. IV. S. M. el emperador de los franceses reconoce formalmente la reconstrucción siguiente de los países limítrofes de Francia: 1.º La Alemania compuesta de Estados independientes unidos por un lazo federal. 2.º La Italia dividida en Estados independientes colocados entre las posesiones austriacas en Italia y la Francia. 3.º La Holanda bajo la soberanía de la casa de Orange con un aumento de territorio. 4.º La Suiza repuesta, libre é independiente, en sus antiguas fronteras bajo la garantía de todas las grandes potencias, Francia inclusive. 5.º La España bajo la dominación de Fernando VII en sus antiguas fronteras. S. M. el emperador de los franceses reconoce, además, el derecho de las potencias aliadas para determinar, de conformidad con los tratados entre las potencias existentes, las fronteras y relaciones así de los países cedidos por Francia como de sus Estados entre sí, sin que Francia pueda intervenir en ellas.» Angeberg-Capefigue: *Le congrés de Vienne*, tomo I, página 111.

que sean, de su propiedad personal. Asimismo dentro de cuatro días S. M. el emperador de los franceses entregará a los ejércitos de los aliados a Besançon, Belfort y Huninga, que se conservarán en prenda hasta la aprobación de la paz principal y serán luego devueltas, en el mismo estado en que hayan sido entregadas, en los plazos dentro de los cuales los ejércitos aliados hayan de evacuar el territorio francés. Esta evacuación en grande escala obligaba a regresar a Francia a más de 200,000 veteranos franceses y al propio tiempo dejaba libres a un número mayor aun de sitiadores y, lo que era más importante, ofrecía a los holandeses y belgas, alemanes é italianos, prusianos, rusos y austriacos el espectáculo de una retirada forzosa, que era anuncio evidente é inolvidable de la renuncia a la soberanía universal. La paz preliminar que en Praga se le había ofrecido hasta el día 10 de agosto de 1813 aseguraba a Napoleón, si la hubiera aceptado, el medio de reforzar su ejército con todas las guarniciones que todavía tenía en el Vístula, en el Oder y en el Elba; pero la retirada de éstas por mandato del enemigo significaba al propio tiempo una humillación y una renuncia, y antes que someterse a una y a otra prefería el emperador abandonar aquel refuerzo, que bajo su mando hubiera significado mucho más que el que respectivamente hubiesen tenido los aliados pudiendo disponer libremente de sus fuerzas sitiadoras. Lo mismo opinaba a la sazón: aquella evacuación significaba para él renunciaciones y humillaciones que herían su poderío más mortalmente de lo que cabía compensar con todos los trenes de cañones y bayonetas. Por último, la entrega de tres fortalezas francesas a las tropas de los vencidos en Austerlitz, en Wagram, en Jena y en Friedland, hubiera sido para el emperador de los franceses el más intolerable de los suplicios.

En una palabra, el contenido del proyecto de paz preliminar en nada violaba el derecho de gentes ni la debida consideración a la seguridad militar; pero así como dicho proyecto parecía a los aliados en extremo beneficioso, del mismo modo debía de ser inaceptable para Napoleón; y como hemos de suponer en los hombres de Estado de Troyes y de Chatillon la misma perspicacia que en nosotros para comprender esto claramente, nos será difícil explicarnos cómo pudo encenderse en Troyes, por causa de esta tentativa de paz con Napoleón, una discordia en la cual, según todas las apariencias, estuvo a punto de quedar destruida la alianza de las potencias.

La situación a que se refería el proyecto de paz preliminar de 14 de febrero nacía de que el duque de Vicenza, en la carta de 9 de febrero, se había declarado dispuesto a consentir en que Francia volviera a entrar dentro de sus antiguas fronteras, como se había exigido en 7 del propio mes, y en que como garantía de paz se evacuaran las fortalezas, a condición de que se concediera inmediatamente un armisticio. Los aliados no podían negarse a firmar un tratado basado en su propio programa sin hacerse reos de público quebrantamiento de su palabra, y lo único que les era dado hacer era rechazar el armisticio, que no se habían comprometido a conceder: así lo hicieron cuando en vez de este armisticio exigieron una paz preliminar que había de asegurarles todas las ventajas de una paz real y preservarles de los peligros que un simple armisticio podía traer consigo. Si Napoleón, que personalmente no había contraído compromiso alguno, se negaba a firmar esta paz preliminar, de la misma manera que había dejado sin contestación las proposiciones mucho más ventajosas de Francfort, venía a unirse un nuevo eslabón a la cadena de hechos que probaban la imposibilidad de firmar la paz con él y se ganaba un poderoso motivo más de acusación contra él para consignarlo en el último llamamiento



que se dirigiera á la nacion francesa, que tan ardientemente deseaba la paz. Si por el contrario, rebelándose contra su propia naturaleza, firmaba el tratado, colocábase en una situacion intolerable que debía ponerse de manifiesto en cuanto se procediera al cumplimiento del artículo 6.º, y de la cual no podía salir sino violando la paz, en cuyo caso las cosas volvían al sér y estado de antes, ó abdicando, huyendo, suicidándose, con lo cual los aliados se veían libres de él. Pero si llegaba á dominarse hasta el extremo de acceder á todo, de hacer todas las renunciaciones y de seguir gobernando como espantajo y caricatura de lo que había sido en otro tiempo, quedaba siempre el consuelo de lo que había predicho Gneisenau para el caso de la paz, á saber: si Napoleon continúa en el poder desposeído de sus conquistas y de su gloria, irá decayendo en el concepto de la frívola nacion francesa hasta



El general Caulaincourt, duque de Vicenza

ser mirado con desprecio y quizás acabe por hundirse lentamente (1). A un emperador que, después de haber firmado una paz de esta índole, intentara seguir reinando, se le podía aplicar la siguiente pregunta: ¿Cuánto tiempo puede el hombre cuyo único título legítimo era la fama, soportar el peso de la ignominia á él solo imputable, sin sucumbir bajo este peso?

Pero de todas maneras un experimento que confiara la contestación á esta pregunta á los acontecimientos del porvenir era sobrado grave y traía consigo demasiada responsabilidad para no intentarlo sino por motivos poderosísimos. Estos motivos, sin embargo, existían. La firma del documento era un freno para el emperador Alejandro, á quien hasta entonces nada había podido apartar de su política particular que entrañaba un peligro común y que ya había sido causa de la polémica magna de Troyes, y era, además, la última excitación á la Francia monárquica para que se moviera y se dejara

(1) Pertz-Delbruck: *Gneisenau*, tomo IV, pág. 205. Carta á Hardenberg, fechada en Laon en 10 de marzo de 1814.

oir si no quería verse eternamente subyugada al régimen imperialista. Hardenberg había dicho al contestar al interrogatorio formulado por el Austria: «Cierto que sería hermoso sentar en el trono de Francia á la dinastía nacional de los Borbones, pues con ello quizás sería mas sólida la paz; pero ¿derramaremos nuestra sangre por los Borbones? ¿quiere la Francia su restauración? Hemos examinado si tal deseo se ha manifestado, y en caso afirmativo si ha sido unánime ó solamente de la mayoría? Si la nacion francesa quiere realmente un cambio, puede declararse también en este sentido después de la paz y aun quizás en el momento mismo de su ejecución (2).» La silenciosa obediencia que se prestaba todavía al emperador en todos aquellos puntos no ocupados por las tropas aliadas, no permitía suponer que Napoleon tuviera en contra suya un deseo ardiente de un cambio de gobierno. Blucher había escrito desde Saint-Avold en 13 de enero: «Aquí en Francia todo el mundo está descontento de Napoleon, pero éste á pesar de ello puede hacer cuanto quiere (3),» y esto era rigurosamente exacto. Napoleon no encontraba mas que obediencia, pero ésta no le era negada en parte alguna, y en cuanto á las manifestaciones realistas, los que hubieran podido hacerlas se contenían ante la consideración de que los aliados no las fomentaban y en cambio Napoleon las castigaba con pólvora y plomo. Si los aliados querían, pues, firmar la paz en cuanto pudieran obtenerla bajo sus condiciones, era preciso que se encontraran enfrente de un gobierno que la firmara y la ejecutara; y de no ser posible en Francia otro gobierno mas que el de Napoleon, ó habían de firmarla con éste ó tenían que continuar luchando sin objeto y sin fin hasta que Napoleon llamara á su auxilio un levantamiento del país en masa que los arrojara fuera de las fronteras. Si existía en el pueblo francés ó siquiera en París un fuerte partido realista que hasta entonces no se hubiese revelado, la noticia de que se firmaba la paz con Napoleon había de ser para este partido el último llamamiento que la suerte le concediera para reunirse y sublevarse. Y efectivamente, así fué.

Cuando llegó á París la noticia de haberse reunido el congreso de paz en Chatillon, dijo en aquella capital el príncipe Talleyrand á su amigo el duque de Dalberg: «Ya lo veis, Europa ignora nuestra situación y no sabe lo que puede y debe hacer para la salvación de todos. Entabla negociaciones con el hombre á quien debiera pulverizar y lo hace en el momento preciso en que podría aniquilarle. El será mas hábil que los aliados; se firmará la paz y ¿qué será de nosotros? Ha adivinado nuestros deseos y no nos los perdonará nunca. Habría que enterar, costara lo que costara, á los monarcas aliados del estado de los asuntos y demostrarles por un lado lo que pueden hacer y por otro el peligro que entrañan las negociaciones en que van á enredarse. Pero ¿cómo hacerlo? ¿Cómo encontrar una persona de bastante confianza que se atreva á llegar hasta ellos para tranquilizarlos y animarlos resucitando sus esperanzas (4)?» Dalberg dió cuenta de esta conversación á su amigo el fogoso realista baron de Vitrolles, que había hecho iguales manifestaciones; y el baron resolvió, arriesgando su vida, llegar hasta donde estaban los aliados para hablarles en favor de la antigua monarquía en una ocasión en que la palabra oportuna pronunciada en el sitio oportuno podía decidirlo todo.

En la tarde del 5 de marzo fué Vitrolles á casa de Dal-

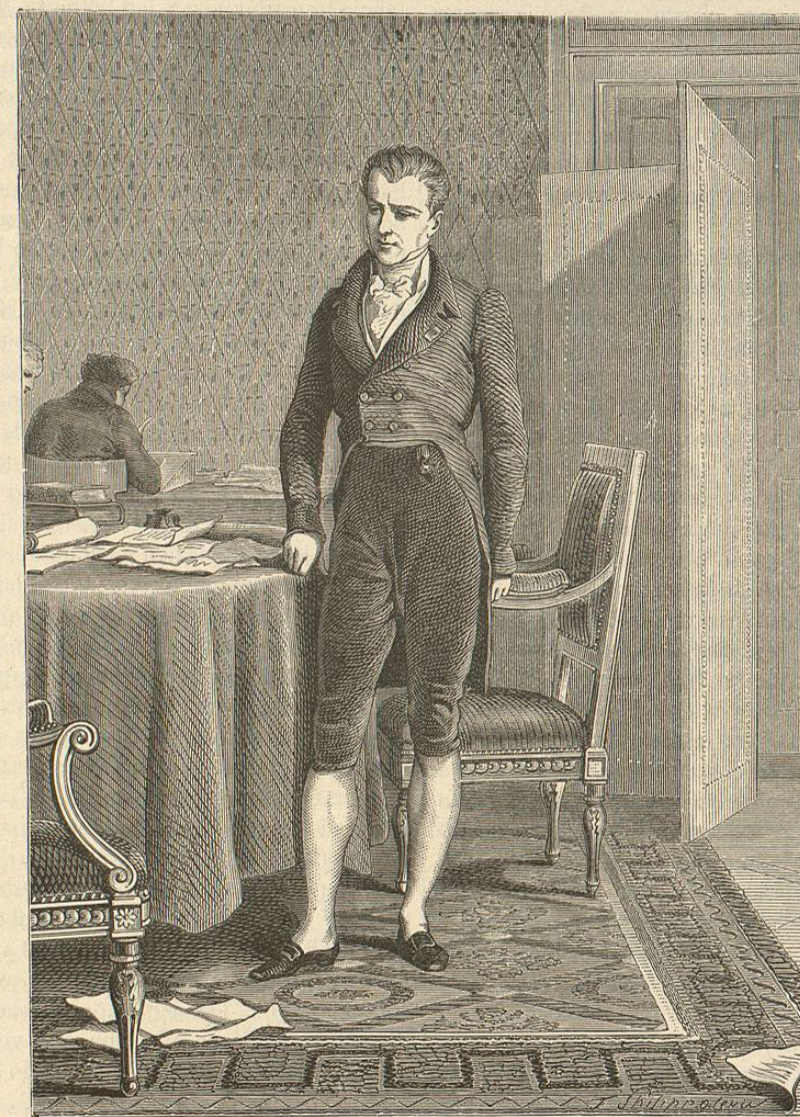
(2) C, págs. 18-19. Lo mismo se decía en el artículo 2.º del citado tratado de 14 de febrero.

(3) Colomb, pág. 88.

(4) *Mémoires et relations politiques du baron de Vitrolles*, p. p. Forgués, París, 1884, tomo I, pág. 61. Estas memorias antes de ser publicadas fueron utilizadas por algunos autores, como por ejemplo Thiers.

berg para recoger las credenciales que le acreditaran en el cuartel general de los aliados. Dalberg escribió con tinta química en la cartera los nombres de pila de dos damas con las cuales había estado en relaciones en Viena al propio tiempo que el conde Stadion, lo cual era su recomendación á éste, representante de Austria en Chatillon. También puso dos líneas al conde Nesselrode, ministro del emperador Alejandro, y además dió á Vitrolles un sello con sus armas alemanas, aconsejándole al propio tiempo con insistencia que no se

fiara de Metternich, á quien había conocido en otra época, antes de que fuera ministro, y en quien no tenía confianza alguna desde que se había realizado el matrimonio de la emperatriz (1). El día 6 de marzo partió Vitrolles con el correo en dirección á Lyon, pero al llegar á Montargis torció hacia Joigny, desde donde llegó felizmente á Chatillon, hospedándose en un miserable albergue como un comerciante suizo, llamado Saint-Vincent, que regresaba á su país: el disfraz que llevaba disimulaba perfectamente su condición. Apenas el



El duque de Dalberg

conde Stadion supo, por los nombres escritos por Dalberg, que tenía delante al hombre de confianza de su amigo, entabló con él animada y expansiva conversación. Lo que le refirió Vitrolles acerca de los rumores de una batalla librada en Orthez que había abierto á los aliados las puertas de Burdeos, de la llegada del duque de Angulema al campamento de Wellington y de las disposiciones que se notaban tanto allí como en París para ponerse en movimiento á la primera señal, parecióle tan digno de atención, que dijo que creía necesario enviar á Troyes un correo especial para ponerlo en conocimiento de Metternich. Habiéndole manifestado Vitrolles que Dalberg le había advertido expresamente y en términos muy precisos que no se fiara de Metternich, díjole el conde Stadion: «Soy tan buen amigo de Dalberg como vos y no paso por ciego partidario del señor de Metternich, pero en este punto Dalberg está completamente equivocado. Nuestro minis-

tro jefe es incapaz de dejar abandonado á uno de vosotros y de ello salgo garante, si es que tal garantía se necesita. Además de que nada podéis hacer aquí sin él: el señor de Metternich es el lazo que une á los soberanos y en la actualidad es tan ministro de Rusia como de Austria. Si habeis de tener los mismos infundados temores que Dalberg, podéis volveros inmediatamente á París (2).» Stadion nombró, además de Metternich, á otra persona con quien podía contar, á saber, el mismo Napoleon. «Vuestra mejor esperanza está en el carácter de Bonaparte: éste no quiere la paz, ni la querrá nunca hasta el último momento en que ya no sea posible (3).»

Vitrolles llegó á Troyes el día 11 de marzo alojándose en

(1) *Mémoires du baron de Vitrolles*, tomo I, págs. 68-69.

(2) *Mémoires du baron de Vitrolles*, tomo I, pág. 78.

(3) *Mémoires du baron de Vitrolles*, tomo I, pág. 87.